

PABLO NERUDA
"POETA DE LA PALABRA"

Hubo un poeta a quien yo quise y admiré mucho, quien supo conseguir que sus palabras paturaran y, en forma premonitoria (por algo al poeta se le llama también profeta) nos dejó unos simples versos entremezclados con los gritos de las gaviotas, en una casa que él quiso mucho, que se denominaba "Isla Negra", en Santiago de Chile.

Ese poeta se llamó Pablo Neruda. No pensábamos de la misma forma en muchas cosas, pero supimos tener una muy afectuosa amistad y un mutuo respeto, que iban unidos a mi admiración desde la adolescencia, hacia ese poeta, juglar de la lengua escrita.

Conocí a Pablo Neruda en el Uruguay y allí surgió lo que se denomina la "empatía", o sea, que los dos nos pusimos a conversar como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Neruda me contó, entre otras cosas, que había publicado en Chile, en 1962, un libro que resultó ser de un tío bisabuelo mío, el coronel Manuel A. Pueyrredón; poco conocido por la historia, que, al ser tomado prisionero por el general José Miguel Carrera, se hicieron amigos. Así fue como, a su vez, cuando Carrera fue tomado prisionero, el único en defenderlo fue Pueyrredón, su prisionero. Ambos fueron llevados a Mendoza y allí Carrera fue fusilado, pero hasta el último momento lo acompañó Pueyrredón, su prisionero, pasando por encima de sus ideas políticas, totalmente opuestas.

Neruda me ofreció entonces reeditar ese libro (que eran las memorias de Pueyrredón), con un prólogo mío y un prólogo de él, en Buenos Aires, y así fue como se editó, y continuaron nuestra amistad y correspondencia. Cuando se publicó, Pablo me escribió para invitarme a visitarlo en "Isla Negra", a la cual llegué el 16 de febrero de 1973, aun cuando no recibía a casi nadie por su mal estado de salud (pocos meses más tarde, Pablo dejó de vivir).

Llegué a "Isla Negra" a las nueve y media de la noche. El matrimonio que me llevaba se detuvo ante un portón de maderas de troncos viejos; ningún cartel indica quién vive allí. Bajamos del automóvil y alguien hace sonar una vieja campana que anuncia a los amigos.

Con muchas precauciones, desde dentro preguntaron quién era. La voz de uno de mis compañeros contestó:

—Venimos a traer a la invitada de ustedes, a Victoria Pueyrredón.

Muy lentamente se abrió el portón de aquellos troncos

carcomidos por el aire del mar y, detrás de él, me pareció ver entre las sombras de la noche a dos figuras de mujer que luego resultaron ser: una, Matilde Urrutia; otra, Cristina, muchachita chilena, quien, prudentemente, se retiró hacia un costado para dejarme pasar.

—Te estábamos esperando, Victoria —me dijo Matilde Urrutia—. Creíamos que llegarías más temprano.

—Salimos tarde de Santiago —explicó uno de mis acompañantes—. Recién pude desocuparme en mi oficina alrededor de las seis. ¿Podemos entrar a saludar a Pablo? ¿Cómo está?

—Un poco cansado porque ha trabajado toda la tarde —respondió Matilde.

—¿Te parece que entremos a saludarlo? —inquirió él.

—Hoy no, mejor vengan mañana a almorzar, los esperamos —fue la respuesta inmediata, agregando—: Pasa, Victoria...

Así, después de despedirme de mis fugaces acompañantes, entré en "Isla Negra".

Matilde me acompañó hasta el dormitorio que me estaba destinado. Allí dejé la valija y me encaminé hacia el amplio ventanal que dejaba imaginar el enorme y salvaje mar, cuyo continuo murmullo arrullaba esa casa de maderas viejas que parecía haber sido construida para acompañarlo siempre, como muda interlocutora.

Matilde, con paciencia de dueña de casa acostumbrada al entusiasmo del que viene desde lejos, de una ciudad que añora el mar, esperó unos minutos; luego dijo:

—Pablo te espera en la biblioteca.

—Bajo contigo, Matilde. ¿Cómo sigue Pablo?

—Sus molestias no le impiden seguir escribiendo. Hoy ha escrito toda la tarde, ¿vienes?

Bajamos una escalera de madera por fuera de la casa y, rodeando parte de ella, entramos por lo que después supe que era la verdadera entrada, a la izquierda, atravesando luego un alargado corredor lleno de caprichosos embelecados de Pablo, grabados de pájaros y motivos de mar, libros, y un teléfono pintado de colorado, posiblemente tan antiguo como esas paredes y de cuya manivela dependía la llegada de las visitas a la casa.

Al penetrar en la enorme biblioteca, mi emoción era grande. Hacía tiempo que no veía a Pablo y allí, después de un largo y complicado viaje, lo encontraba sentado esperándome como si ese tiempo no hubiera transcurrido.

Luego de saludarnos, no podría decir que empezamos una conversación, más bien diría que la continuamos, pues eran muchos los temas sobre los cuales teníamos que hablar: un libro en común que nos unía, ese libro que trataba de las memorias de ese tío bisabuelo mío, Manuel Alejandro Pueyrredón, coronel del ejército de San Martín.

El libro, que parte de unas memorias, y que tanto entusiasmaba a Pablo como a mí, llevaba, dentro de esa amistad, otra más reciente: la nuestra, nacida en ese veraneo, amistad que se transformara luego en dos prólogos de otro libro: *J. M. C., el húsar desdichado*, en 1972, en Buenos Aires. Y éste era el reencuentro de los dos prólogos y sus dos autores, volviendo a repetirse, en cierta manera, esa misma historia; pero ahora el punto de unión y el nacimiento de nuestra amistad eran la común fascinación por aquella que ya llevaba más de cien años, acrecentada por una profunda admiración de mi parte hacia el poeta que marcara mi juventud con aquellos *20 poemas de amor y una canción desesperada*, que, como a tantos otros adolescentes, me hicieron empezar a soñar con la poesía.

Muchos fueron los temas que abarcamos —la literatura no tiene fin— hasta que la voz de Matilde nos llamó a la realidad.

—Pablito, ¿quiere que vayamos ya a comer? Es bien tarde...

Pablo sonrió a Matilde y postergó el resto de nuestra conversación, pasamos los tres de allí al comedor, donde un enorme mascarón de proa colgado de una pared nos esperaba al igual que otro nuevo dueño de casa.

El comedor, como toda "Isla Negra", es elegantemente modesto, salpicado de recuerdos de incesantes viajes, gran parte de ellos pertenecientes a colecciones de las cuales yo había oído hablar hacía tiempo.

Esa noche evocamos especialmente al Uruguay, a esa Punta del Este que él y Matilde tanto recordaban, y al cual soñaban volver. Le pregunté por su salud; me respondió que esa quietud le había sido útil para escribir más, pues su estada últimamente en Francia, como embajador, le había robado tiempo a la literatura. Ahora, de nuevo en su casa, no quería recibir gente porque ya había visto "mucha, demasiada", y estaba cansado...

—No sólo no veo a periodistas, tampoco a muchos amigos. Es por un tiempo, dentro de unos quince días es más posible, pero ahora no —y sonriendo agregó—: No hago más que recibir cartas y telegramas de todas partes del mundo. En ellos me dicen: "Desolados por su gravedad, le deseamos pronta mejoría."

Mientras me contaba esto, veía yo la apariencia del mismo hombre que conociera hacía seis años, su misma voz cansina y lenta, su misma atención e interés por todos los temas, recordando hechos, nombres, anécdotas, que rápidamente se convertían en una divertida historia adornada por el poeta. Sentía que estaba cómodo conmigo, nos conocimos por la historia y la literatura, y ésta creó una profunda amistad que, a través del tiempo y a pesar de nuestras ideologías totalmente opuestas, había conseguido hacerme atravesar una cordillera, ahora más aterradora, para llegar hasta ese comedor donde, como si fuera una noche más, Matilde ofrecía: "¿Te sirvo, Pablo? ¿Tomas esta salsa? ¿Quieres vino?"

Eran ya las doce de la noche cuando nos despedimos hasta la

mañana siguiente:

—Pablo se despierta a las ocho pero baja alrededor de las once —me advierte Matilde—. Si necesitas algo me lo dices, yo estoy en pie desde las siete y media pues hay mucho que hacer en esta casa; quedó algo sola durante el tiempo que estuvimos en Francia, y tú sabes que el mar deteriora las cosas cuando se le tiene tan encima. La próxima vez que vengas, la encontrarás mejor.

—Así me gusta —le contesté—. Tiene la gracia de todo lo que lleva algo marino, posiblemente ése sea otro punto de nuestra amistad con Pablo, los dos somos del mismo signo astrológico y nos gusta el mar en igual forma, sin medida.

Matilde sonrió sin agregar nada, se despidió y allí quedé yo sin poder dormir pues en mi cabeza se entremezclaban innumerables frases del poeta, leídas hacía mucho tiempo, palabras que me inundaban de poesía:

"Soy ancho de suelas, amarillo de tez, generoso de amores, imposible de cálculos, confuso de palabras, lento de andar, inoxidable de corazón, aficionado de estrellas, mareas, terremotos, admirador de escarabajos, caminante de arenas, amigo de mis amigos..."

Esto me hizo recordar aquel poema de "El escarabajo", que naciera en una mañana de Punta del Este y que guardo celosamente, recitado para mí ante un grabador, con esa voz inconfundible, recuerdo de un primer veraneo amistoso:

"También llegué al escarabajo / y le pregunté por la vida: / por sus costumbres en otoño, / por su armadura lineal/. Lo busqué en los lagos perdidos/ en el sur negro de mi patria, / lo encontré entre las cenizas de los volcanes rencorosos/ o subiendo de las raíces/ hacia su propia oscuridad. / ¿Cómo hiciste tu traje duro?/ ¿Tus ojos de zinc, tu corbata?/ ¿Cómo hiciste tu traje duro? / ¿Tus contradictorias tijeras?/ ¿Tu sierra de oro, tus tenazas?/ ¿Con qué resina maduró la incandescencia de tu especie?/ Yo hubiera querido tener/ un corazón de escarabajo/ para perforar la espesura/ y dejar mi firma escondida/ en la muerte de la madera. / Y así mi nombre alguna vez/ de nuevo irá tal vez naciendo/ por nuevos canales nocturnos/ hasta salir por fin del túnel/ con otras alas venideras. /Nada más hermoso que tú/ mudo, insondable, escarabajo/ sacerdote de las raíces, /rinoceronte del rocío. / Le dije, pero no me dijo. / Le pregunté y no contestó. /Así son los escarabajos."

El amanecer me encontró despierta mirando incansablemente el mar desde mi amplia ventana. Era una mañana gris, pero ello no le quitaba la magia a ese paisaje de olas que rompían incansables llegando al borde de la playa convertidas en un fuerte color turquesa, orilla de algas y ágatas que se entremezclaban con las piedras y los caracoles en la arena y donde inesperadas bandadas de pájaros recorrían incesantemente el horizonte de ida y vuelta como tros guardianes de la playa elegida por el poeta.

Desde mi dormitorio, ya más tarde, vi levantarse la persiana del dormitorio de enfrente. Debían ser las ocho. Empezaba un nuevo día. Había pensado irme esa tarde pero Pablo me pidió que alargara mi visita. Acepté encantada, aunque no quería que mi presencia impidiera el nacimiento de algún nuevo libro que pudiera seguir haciendo soñar a otra juventud que, más moderna, ha de seguir inspirándose siempre en quien "puede escribir los versos más tristes esta noche...".

Temprano, decidí bajar hacia la playa, hasta donde la empalizada marcaba, como sin decirlo, la prohibición al visitante curioso. Caminé por "los caminos de arenas", me detuve a fotografiar los ventanales desbordantes de botellas con perfiles originales; luego decidí sentarme a escribir ante una mesa redonda, siempre frente al mar, interrumpiéndome de vez en cuando para fotografiar algún viejo bote, de cadenas herrumbradas, que parecía olvidado en el descuido de una marea y, al mismo tiempo, un desconcertante y enorme zapato amarillo y negro que, en forma jocosa (lo cual demuestra la original faceta del dueño de casa), preside el escenario de ese fascinante lugar.

Eran las once de la mañana cuando oí un llamado de Pablo, quien, ya instalado en el bar ante una de las tres mesitas de éste, me reclamaba, mientras proseguía escribiendo un poema que no interrumpió por mi llegada.

—No te quiero molestar, Pablo —le dije, recordando mis calladas y personales impaciencias cuando esto mismo me sucedía a mí.

—No me molestas para nada. Ven, siéntate acá, puedo seguir escribiendo igualmente mientras tú me conversas...

Me senté ante él, que proseguía incansable con su "dry pen" verde, recorriendo las hojas lisas de una carpeta con tapas negras. Pocas veces quise interrumpirlo y, mientras yo seguía mirando el mar, me ofreció una copa de vino que ya había hecho servir antes de llamarme.

Durante el tiempo en que yo la tomaba lentamente, concluyó el largo poema que encerró en un sobre donde había escrito "Pablo y Matilde", dejándolo a un lado para ya entonces proseguir conmigo su charla interrumpida la noche de mi llegada.

Las horas pasaron rápidamente y casi a las dos de la tarde aparecieron los invitados del día anterior. La conversación se hizo general, Pablo actuó de *barman* mientras bromeaba con todos y cada uno. El ambiente era de una enorme cordialidad y así pasamos luego al comedor.

En el almuerzo se entrecruzaron temas diversos, recuerdos de viajes, anécdotas de cada uno, y siempre, como un invitado más, silencioso, presidía el comedor aquel enorme mascarón de proa, parte de otra espléndida colección que posee el poeta en su casa. Como fondo permanente de las conversaciones, el mar se hacía recordar continuamente con su murmullo incesante. Verdaderamente, me sentía yo en un lugar muy lejos del mundo. El mundo

de "Isla Negra" era otro, el de un hombre que, al mismo tiempo que podía recibir un Premio Nobel de Literatura, era asiduo lector de innumerables libros policiales que le llegaban enviados por una de las editoriales de sus obras en París, al saber su preferencia por éstos.

—¿Cómo eliges cuando te llegan tantos juntos? —le pregunté— en un momento en que hablamos de ello.

—Abro el paquete por un costado y saco, sin mirar, uno cualquiera; son generalmente de Simenon —me contestó.

Y allí nos enfrascamos en ese tema tan amplio y común de los lectores de novelas policiales: intercambio de títulos preferidos, autores, temas.

También Pablo era uno de los principales coleccionistas de caracoles y hace ya muchos años que los había donado a su país para el día en que él desapareciera. En ello también respondía a las características de su signo de astrología, puesto que el hombre que nace bajo el signo de Cáncer tiene una enorme afición por coleccionar objetos.

—Siempre dicen que a Pablo le gusta coleccionar todas las cosas que no sirven para nada —dice Matilde.

—Pero esas cosas que no sirven para nada toman valor al ser elección, ¿no te parece? —respondo—. Así como todas las botellas de tan diferentes formas que invaden el bar, la biblioteca y la casa entera, esas fotografías humorísticas y cada objeto que se encuentra acá.

A la mañana siguiente desperté como siempre, muy temprano, y traté de introducir, por última vez, el mar dentro de mí, a través de la amplia ventana de mi cuarto. Bajé a la playa para recoger algunos caracoles de la zona. Ya había tomado bastantes fotografías de todo ese pintoresco y fascinante lugar, ahora quería tomar las últimas de ese mar, parte del Pacífico tan lejano del que yo he vivido.

Alrededor de las once de la mañana se acercó Patricio, muchacho encargado de los innumerables quehaceres de esa laberíntica casa. Traía un mensaje "Don Pablo le envía los diarios y dice que dentro de veinte minutos baja."

Mientras, fue acercándose Matilde, rubia, sonriente, y me invitó a pasar un rato a la biblioteca. Yo ya la conocía desde el día de mi llegada, pero aquella noche la presencia de Pablo había llenado de tal forma ése, su ambiente, que no había notado ningún detalle; su presencia invadía el lugar donde se encontraba y, ahora, recién entonces, yo veía la biblioteca al mostrármela Matilde.

Cuando volvimos afuera a sentarnos frente al mar, ya allí nos esperaba Pablo, sonriente, optimista como siempre, y proseguimos esas eternas conversaciones ininterrumpidas, anotando yo, al mismo tiempo, algunos datos que había ofrecido darme sobre libros, librerías, editores, autores y críticos, así como lugares de Chile que valía la pena conocer.

Quería ya despedirme, no podía quitarle más tiempo a Pablo; a eso de las tres de la tarde debía llegar a Valparaíso, pero Pablo, gran conversador, no pensaba igual, y proseguía mostrándome su mar.

—Es curioso, ¿no? Mira aquellas aves. Van hacia allí, donde se supone que van a emigrar, hacia los lugares cálidos. Me he preguntado infinidad de veces por ese misterio. Es como si huyeran de algo. Nunca supe por qué se van y vienen —dijo—. Generalmente, van y no vuelven; no he encontrado explicación a esto. Desde hace treinta y cinco años que vivo acá.

Observador del viento y de los pájaros, se veía cuánto le gustaban; le apasionaban las aves, el mar, la naturaleza toda ella.

Sólo a las dos de la tarde volví a despedirme una vez más, y ésta era la definitiva.

—Llámame antes de irte de Santiago... —me dijo Neruda—. Y me das detalles de cómo te ha ido.

En eso quedamos, y así, con la enorme pena que deriva siempre de una despedida, nos separamos con un "hasta pronto"; salí luego lentamente de "Isla Negra" para tomar el ómnibus que me llevaría hacia el resto de mi viaje.

Trato de analizar mis impresiones; todavía no puedo. No todos los días se vive o se ve vivir el mundo de un poeta en un puñado de arena, pero creo que hay algo expresado sobre Pablo Neruda que es muy verdadero. Se ha dicho que "toda su obra no es otra cosa que un gran libro de amor a la humanidad", y es la verdad. Así como es su casa es él y lo es también su obra, porque este poeta chileno, brujo, juglar, mago de las palabras, es un hombre que ama, que siente en sí mismo cada momento de la vida, que goza, que sufre y que ha llegado a ser algo mucho más difícil aún que un Premio Nobel: un hombre.

La Nación, Buenos Aires, diciembre de 1973.